

EN LA ANTIGUA
CAPITAL BAHIA

MAXIMILIAN ZU
WIED

Editado por
elaleph.com

© 2000 Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

Durante dos siglos La Cidade de S. Salvador da Bahía de Todos os Santos fue la antigua capital de Brasil, residencia de los gobernadores generales. Erigida en la ladera de un empinado cerro, a orillas de una bahía, su parte más importante se encuentra en la cumbre del cerro y la otra, que comprende en su mayoría las viviendas de los comerciantes, está situada a orillas del mar. La ciudad tiene de norte a sud una extensión de una legua, pero está construida con bastante irregularidad, si bien cuenta con un importante número de edificios imponentes.

La vista desde la bahía es hermosa. La ciudad va trepando por el cerro hasta la cumbre y los edificios alternan con manchones verdes de arbustos, en su mayoría naranjales. La parte alta de la ciudad es la más curiosa. Sus calles no están pavimentadas y encierra grandes campos y huertos que en parte separan los edificios. Sólo la lozanía y la belleza de la

vegetación y una magnífica vista suplen esos defectos. Multitud de jardines y plantaciones pueblan los diversos vallecitos en los cuales mis acompañantes pudieron cazar interesantes animales durante sus excursiones, por ejemplo el pequeño sahui con sus blancos penachos de pelo en las orejas, que no encontré en ninguna parte más al sud. En Bahía obtuvieron también una bella lechuza, muy parecida a la europea. No hace mucho, el gobernador, conde Dos Arcos, hizo construir un ancho camino transitable, desde la ciudad baja hasta su palacio. Como allí no hay coches, para subir y, bajar con comodidad esas sendas y calles empinadas en medio de un clima tan caluroso, se emplean en toda la ciudad una especie de sillas de mano o cadeiras, cómodas sillas con baldaquín, rodeadas de cortinas, que son llevadas por dos negros. Sin ellas difícilmente se podría ir a parte alguna ya sea bajo el ardiente calor del sol o bajo la lluvia, tiempo que deja imposibles las calles sin empedrado. En la ciudad alta hay una cantidad de conventos e iglesias, algunas magníficas. Además, se destacan la ciudadela y el palacio de los gobernadores, muy notable, con su plaza de armas. En esta parte superior se celebran las reuniones de los diversos tribunales y colegios reales. Existe allí tam-

bién un gimnasio donde se enseña el latín y el griego, filosofía, retórica, matemática, etc., y una biblioteca pública con sus 7.000 volúmenes, con la cual el gobernador conquistó grandes méritos. En ella se encuentran ya obras recientes de todas las ramas de la ciencia. Esta biblioteca funciona en el viejo colegio de los jesuitas. Sin embargo, fue una pérdida significativa que los escritos de esa orden no fueran valorados debidamente y se desperdiciaran. Los méritos del gobernador, tan estimado en general, son demasiado conocidos como para pasarlos por alto. Este ministro empleó el tiempo de su mandato en obras para beneficio de la provincia. Familiarizado con las lenguas e instituciones de países extranjeros y por sus viajes a las diversas provincias de su propio país, el Brasil, este ilustre ministro, infatigable en su labor en pro de todo lo bueno, encontró múltiples ocasiones para poner orden y ejecutar mejoras. Venerador y protector de las ciencias y de las artes, las patrocinó y les dio estímulo con tenaz preocupación. Trató a los viajeros extranjeros con distinción y éstos pudieron contar confiados con su apoyo. Hizo fundar una imprenta para libros y una fábrica de vidrio, embelleció la ciudad mediante paseos públicos y otros recursos y para bene-

ficio de la biblioteca pública instauró una lotería cuyo producido está destinado a acrecentar las colecciones de libros. En el Paseo Publico hizo plantar el auténtico quino del Perú. Diversas especies vegetales europeas y de otros lugares llaman allí la atención del botánico, entre otros el sauce llorón, que crece hermoso y corpulento. En cambio, el quino de Santa Fe de Bogotá parece no prosperar muy bien en esa tierra, porque tal vez no sea la más adecuada a la naturaleza de este árbol. Allí mismo puede apreciarse un obelisco erigido para conmemorar la visita del actual rey.

Desde lo alto de la parte superior de la ciudad la vista es de una insuperable belleza. La orgullosa bahía se muestra como un liso y tranquilo espejo. Cerca de la costa están fondeados algunos barcos y otros con su velamen desplegado avanzan hacia tierra o enfilan hacia el océano y a manera de saludo disparan sus cañones; a lo lejos se divisa la isla Itaparica, y en derredor un anfiteatro de pintorescas montañas presta marco a la fascinante escena. Además de los paseos públicos se proveyó también a la diversión de los habitantes de la ciudad alta mediante la fundación de una casa de comedias. Lamentablemente, el edificio es de un estilo anticuado,

más pequeño que el de Río de Janeiro y, por otra parte, lo desfiguran los pequeños y puntiagudos obeliscos del techo.

Bahía cuenta con treinta y seis iglesias y muchos conventos, lo cual permite colegir la cantidad de religiosos y frailes que viven allí. Las monjas de algunos conventos se especializan en la confección de hermosas flores con las plumas de vivísimos colores de las diferentes especies de aves del país, que suelen vender a los extranjeros.

En la parte baja de la ciudad, que comprende sólo unas pocas calles largas paralelas a la angosta ribera, se encuentran las tiendas, los depósitos y despensas de los comerciantes, una nueva bolsa, obra que se debe al celo del conde Dos Arcos, el arsenal y los astilleros donde actualmente se está terminando una fragata. Los barcos construidos en Bahía gozan de excelente prestigio porque los bosques del Brasil proveen las más variadas especies de excelentes maderas de construcción. Un comercio activo da vida a esta ciudad. Los productos del ser-tao son enviados desde su puerto a todas las partes del mundo, razón por la cual se encuentran en él barcos de todas las naciones. Los paquebotes mantienen un contacto ininterrumpido con Portugal y

Río de Janeiro, pues estos rápidos navíos realizan la travesía en el tiempo más corto posible. Los vecinos habitantes de la costa del Brasil traen sus productos a la Capital y los truecan por otras cosas que les son necesarias o productos de países extranjeros. A través de estas actividades, Bahía se elevó muy pronto a la categoría de ciudad importante, que por sus proporciones superaría a Río de Janeiro. Se puede deducir el rápido desarrollo de esta ciudad si se tiene en cuenta que en 1581 no tenía sino 8.000 habitantes, en tanto en todo el Reconcavo no se contaban más que unos 2.000 habitantes, cifra que no incluye negros ni indios. En la actualidad, Bahía tendría más de 100.000 almas.

El aspecto interior de esta gran ciudad es en general poco grato, pues no reina allí asco, orden ni buen gusto. El estilo arquitectónico es muy macizo. Para sus monasterios e iglesias, los jesuitas importaron de Europa los sillares labrados. En la construcción de las casas se observan los más variados estilos: algunas son altas, construidas a la manera europea y presentan balcones; otras, en cambio, son viviendas insignificantes, chatas, pero en casi todas se encuentran ventanas de vidrio. En la estación seca, particularmente en la ciudad baja, reina

un calor sofocante que se hace más pesado por la variedad de hedores que se esparcen por el aire. Una inquieta masa de población, en constante movimiento, en su mayor parte integrada por gente de color, aumenta la incomodidad. En número de diez, doce o más, los esclavos negros transportan grandes cargas, entre gritos o cantos para llevar el ritmo del paso. Esta es la única forma de transporte para llevar toda mercadería del puerto a la ciudad. Tampoco faltan los mercaderes ambulantes que cargan con sus baratijas y las ofrecen a viva voz, y a los costados de las calles se divisan las fogatas de las negras que cocinan, asan y venden a sus paisanos platos nada atractivos.

En general, los usos y costumbres de los habitantes debieran ser los de los portugueses en Europa y en las clases superiores imperaría un lujo exorbitante. En todo momento se encuentran allí extranjeros provenientes de las naciones de ultramar, en especial muchos ingleses y franceses; en cambio los alemanes y holandeses son muy raros.

Durante el día no se ven mujeres por las calles; no es sino al atardecer cuando el bello mundo abandona las viviendas para gozar del fresco y entonces se oyen cantos y el son de la viola. Entre los

entretenimientos habituales del pueblo en las calles de Bahía se cuentan los desfiles y procesiones religiosos, muy frecuentes dada la increíble cantidad de los días de fiesta. En esas ocasiones, las calles previamente aseadas se espolvorean con arena blanca y flores, se iluminan las ventanas y con un gran número de cirios los cortejos endomingados marchan hacia la iglesia acompañados por el tañido de las campanas y el chisporroteo crepitante de los fuegos de artificio. Los cortejos fúnebres también se realizan de noche con gran número de luces y aquí todavía no se ha desechado la abominable costumbre de enterrar los muertos en la iglesia. Una vez bendecido y rociado con agua bendita, el difunto es bajado a la fosa, los sacerdotes se retiran y la conclusión del entierro se confía a los esclavos negros. Después de dos años volví a escuchar allí música de órganos en las iglesias y tañido de campanas.

Lindley y Andrew Grant describieron Río de Janeiro y Bahía con bastante precisión en general. En base a sus estampas se podrá tener una idea de las ceremonias religiosas usuales en estas capitales, pero como éstas van progresando año a año en su cultura y elevándose cada vez más, en la actualidad ya se echan de menos muchos usos impropios e

instituciones y costumbres anticuadas observadas por esos viajeros, que ya no armonizan con el espíritu de la época. Así, por ejemplo, el ciudadano de las urbes ya no se distingue por su vestimenta de los de las ciudades portuguesas de Europa e imperan allí el lujo y la elegancia en grado sumo.

La defensa de Bahía está en manos de un ejército bastante numeroso. Se encuentran allí tres a cuatro regimientos regulares, así como muchos de la guardia civil, entre los que se destacan un regimiento de negros y otro compuesto enteramente de mulatos. Varias veces el gobernador se vio precisado a utilizar estas tropas para sofocar la sublevación de los esclavos negros, que integran la gran mayoría de la población de esta gran ciudad. En ocasión de los disturbios de Pernambuco, ocurridos cuando aún me encontraba en Bahía, se enviaron allá todas las tropas disponibles. Los buques de guerra cargados de tropas y pertrechos procedentes de Río de Janeiro se unieron a los de la rada de Bahía y entre todas bloquearon el puerto de Olinde o Pernambuco. En esa ocasión también cupo elogiar las medidas rápidas y adecuadas del gobernador conde Dos Arcos. Gracias a su acción efectiva el rey conservó esa hermosa provincia y se sofocó el espíritu de la

sedición; los cabecillas de la insurrección, Martims, Ribeira y Mendoza, fueron fusilados públicamente en Bahía y aún se vio morir de esta forma a sacerdotes. Por otra parte, en dicha ocasión el espíritu de la población probó ser fiel a su rey y dependiente de él, pues el repudio contra esa sedición fue general y en caso de mayor peligro se habría confirmado esa adhesión a la corona por vía de los hechos.

Varios fuertes defienden a la ciudad de Bahía de todo ataque; en la costa norte, el fuerte de S. Antonio da Barra protege la entrada a la Bahía de Todos los Santos; en lo alto del cerro, donde está emplazada la ciudad superior, se encuentra la ciudadela y precisamente frente a la ciudad se ha construido en el puerto un nuevo fuerte dotado de varias baterías de cañones pesados que son disparados en ocasiones especiales, de preferencia en las grandes festividades y para saludar a los navíos que entran a puerto.

Mi estada en la vieja capital de Brasil fue sólo de corta duración y me faltó el tiempo necesario para visitar los diversos centros del saber de esta ciudad, por cierto muy pocos a la sazón. Además de la biblioteca pública que con el tiempo se convertirá en una institución respetable y muy útil para la difusión

de la cultura en esta región, existen otras de esta clase que atesoran valiosas obras antiguas y modernas. Así, por ejemplo, los monasterios, entre ellos el de los franciscanos, poseen apreciables manuscritos y obras antiguas sobre el Brasil. Asimismo, residen en el país varios estudiosos: el señor Antonio Gomes, corresponsal del conde von Hoffmarinsegg de Berlín, los señores Paiva, Bivar y otros, que han rendido grandes servicios a las ciencias, en particular al estudio de la naturaleza.

A la generosidad del primero, dueño de una hermosa biblioteca, debo algunos de los interesantes escritos sobre Brasil y a la información de los últimos, algunas observaciones sobre el clima de la ciudad y la región de S. Salvador.

Varios ciudadanos cultos de Bahía me prodigaron una acogida muy obsequiosa. Con gusto hubiese querido utilizar por más tiempo estas facilidades, pero mi nostalgia por la patria y una oportunidad muy favorable para emprender el regreso, apresuraron mi partida.